

*“El Hijo del Hombre vino para servir y dar su vida” (Mc. 10:45)*  
 Sal. 119:9-16; Jer. 31:31-34; Heb. 5:1-10; Mc. 10:35-45

Hohenau,  
 Cap. Miranda,  
 Jesús.

### **1. Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo**

Jacobo (o Santiago el mayor) y Juan, pertenecían al círculo íntimo de apóstoles de Jesús, junto con Pedro. Jacobo y Juan eran hermanos, hijos de un pescador, Zebedeo, hasta que Jesús los llamó a seguirle para ser “pescadores de hombres”. Jacobo y Juan eran conocidos como “los hijos del trueno” (boanerges, Mc. 3:17), aparentemente este apodo les vino por su carácter combativo, “leche hervida” le llamaríamos hoy. Y se acercan a Jesús para hacerle un pedido especial. El evangelio de Mateo (Mt. 20:20) nos cuenta que vino también su madre con ellos. Jacobo y Juan, junto con los otros diez apóstoles, en ese momento se estaban dirigiendo a Jerusalén, la capital, la ciudad donde fue rey David. Tres veces habían escuchado a Jesús hablar de su pasión, muerte y resurrección en Jerusalén (Mc. 8:31; 9:30-32; 10:32-34). Estos muchachos habrán pensado: “Cuando Jesús resucite, reinaremos con él, expulsaremos a los romanos, y gobernaremos el mundo. Pero somos doce apóstoles, no podemos reinar todos. Pidámosle primero a Jesús los lugares de honor, uno a su derecha y otro a su izquierda, antes de que todo eso suceda. Así tendremos los lugares de privilegio y seremos famosos”. ¡Qué pensamientos más mezquinos! Y con esos pensamientos se acercan a Jesús para pedirle: “Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda. Entonces Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís” (Mc. 10:37-38).

Jacobo y Juan habían mezclado la religión con la política, habían dejado de lado el poder del amor y del servicio, por el amor a la fama y al poder. No se dieron cuenta que el reino de Jesús es un reino espiritual, y no un reino terrenal: “Cuando lo oyeron los diez, comenzaron a enojarse contra Jacobo y contra Juan. Mas Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos” (Mc. 10:41-44).

Esto nos enseña, queridos jóvenes, que “Cristo ha dado a los apóstoles sólo el poder espiritual, esto es, el mandato de predicar el evangelio, anunciar el perdón de los pecados, administrar los sacramentos y excomulgar a los impíos sin violencia física. No les dio el poder de la espada o el derecho de establecer, ocupar o transferir los reinos del mundo. Pues Cristo dijo: «Por tanto, id... enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado» (Mt. 28:19-20). También: «Como me envió el Padre, así también yo os envío» (Jn. 20:21). Además, es manifiesto que Cristo no fue enviado para llevar una espada o poseer un reino mundano, porque dijo: «Mi reino no es de este mundo» (Jn. 18:36). Pablo también dijo: «No que nos enseñoreemos de vuestra fe» (2 Co. 1:24) y otra vez: «Las armas de nuestra milicia no son carnales», etc. (2 Co. 10:4).

La tensión surge cuando se mezcla la religión con la política, es decir, cuando la iglesia ocupa el lugar de los reyes y quiere ella misma ser considerada y tratada como una reina, oprimiendo a la gente, en lugar de servir y dar la vida por la gente. La iglesia no es una mansión de cristal para unos pocos; es un hospital para los pobres en espíritu. La iglesia se comporta como mansión de cristal para unos pocos, por ejemplo, cuando todos aquellos líderes religiosos, por afán de dinero, poder y honor humanos, seducen y engañan a los fieles a creer sus mentiras, bajo la amenaza de que si no lo hacen, si no dan el diezmo, o demás obras humanas, no recibirán la gracia de Dios, y no se salvarán. Aquí entran, por ejemplo, el papa; por ejemplo, los falsos pastores y maestros que adulteran la palabra divina; los reality shows, que le hacen creer a la juventud que en la fama, la riqueza, y en lucir bonitos y siempre jóvenes está la felicidad; por ejemplo, aquellos que con su propaganda le hacen creer a la juventud que para ser felices necesitan su asqueroso producto, y que sin un *iphone 6*, no serán felices.

Lo sabemos: el dinero, la fama, los productos de belleza, las cosas materiales, no hacen a la felicidad de una persona. Entonces, ¿por qué se nos hace tan difícil en la práctica, en el día a día, dejar

de mirarnos a nosotros mismos frente al espejo? ¿Por qué se nos hace tan difícil en el día a día, dejar de retratarnos con una *selfie*, o con mil *selfies*? ¿Por qué se nos hace tan difícil en el día a día, servir en casa a papá y a mamá, lavar los platos, hacer la cama, cepillarse los dientes, ser obedientes en la escuela, acostarse temprano? ¿Por qué se nos hace tan difícil aprender a hacer caso, y dejar de ser tan quejones? ¿Por qué se nos hace tan difícil ser agradecidos, decirles a nuestros padres, gracias, por favor, y te quiero?

Lamento decirles la triste verdad, queridos jóvenes. Estas cosas suceden debido a una enfermedad mortal que está dentro de ti, una enfermedad terrible, una enfermedad espiritual llamada pecado. Y es terrible porque el pecado es capaz de llevarnos al mismo infierno, y para siempre. El pecado es lo que produce en nosotros la muerte, tanto física como espiritual. Y no hay remedio en la farmacia para ser libres de esta enfermedad tan peligrosa, que tiene afectada a toda la humanidad. El enojo, la frustración, la apatía, la pereza, y el mirarse al ombligo todo el día, es fruto del pecado que llevamos en nosotros. El pecado es lo que lleva a uno ponerse por encima del otro para pisotearlo, para matarlo y aniquilarlo. El pecado nuestro es lo que extorsiona y chantajea al prójimo. Y el pecado nuestro, es el que siempre mete la pata donde no debe. El pecado pone en peligro el tesoro de la virginidad, haciéndonos probar en lo sexual antes del matrimonio. El pecado nos ha separado de Dios. Y Dios, como un padre justo, debe hacer cumplir su ley y castigar al pecado junto con el pecador que lo comete.

## **2. El Hijo de Hombre vino para servir y dar su vida**

Pero la gracia de Dios fue más grande que nuestros pecados. Frente a la ira y el enojo de Dios Padre por mi maldad, mayor fue su misericordia, mayor fue su amor por nosotros. Cuando ya no teníamos ni gloria ni hermosura delante de su ojos, cuando no podíamos ya sentarnos ni a la derecha ni a la izquierda del Padre; cuando ya no sabíamos que hacer o qué pedir; cuando nuestros oídos ya no sabían que escuchar; cuando nos sentíamos pisoteados y derrotados con la cara hasta el suelo; cuando ya no éramos contados entre los primeros, sino entre los últimos; Dios se apiadó de nosotros. Y desde el cielo, envió a su Hijo Amado, el Hijo del Hombre, el Sumo Sacerdote santo y sin mancha, perfecto Dios y perfecto hombre, para venir a obedecer y cumplir la ley de Dios en nuestro lugar, para vivir la vida santa y perfecta que no hemos vivido; para orar y pedir con voz humilde por nosotros pecadores, para interceder por mí y por ti ante Dios para que tu fe no falle; y para servir y entregar su vida por Ti, como la donación y entrega más santa, más hermosa, más admirable, más llena de gracia y perdón, que nadie jamás pudo ofrecer. Jesús vino para servir y dar su vida en rescate por ti y por mí, a fin de pagar mi culpa, a fin de hacerme libre de la sentencia de muerte que pesaba sobre mí, salvándome del pecado, de la muerte y del propio infierno, a través de su propia muerte en la cruz. Y gracias a su sangre derramada, y su vida entregada, y del sacrificio mortal ofrecido por Cristo una vez y para siempre, Él “vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen; y fue declarado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec” (Heb. 5:9b-10). “Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mc. 10:45).

## **3. Tiempo de Cuaresma, tiempo de servir y dar la vida**

En la Cuaresma, Dios nos invita a reflexionar sobre el valor del servicio cristiano; en el valor que tiene para la humanidad el ministerio pastoral, un oficio espiritual, en el sentido de que en él Cristo alimenta a sus ovejas con la gracia conseguida por él en la cruz: perdón, reconciliación, paz, y vida eterna. Donde están estos dones divinos siendo distribuidos mediante la predicación del evangelio, y mediante los santos sacramentos, en toda su pureza, allí está el reino de Jesús presente en medio de su pueblo. La iglesia fue puesta por Dios en el mundo para servir con el evangelio de Cristo. La iglesia no debe oprimir a las personas, sino transmitirles la fe y ayudar al prójimo en su necesidad, no con ánimo de ganancias, ni por fama, sino con el fin de las personas tengan comunión con Cristo, el Rey servidor, y con su Cuerpo, la Iglesia. Cómo jóvenes, en este 2015 veamos las oportunidades que nos ofrece Jesús de servir y amar a nuestro prójimo, y organicémonos, y hagámoslo. Amén.